



COYUNTURA Y DEBATE



OTRA VEZ EN PRIMAVERA LOS INMIGRANTES SALEN A LAS CALLES

JORGE DURAND

RESUMEN. Durante la primavera de 2006 salieron, a las calles de 270 ciudades norteamericanas, entre 3.5 y 5 millones de manifestantes para protestar en contra de la criminalización de los migrantes y la propuesta de ley HR4437. Se trató de un fenómeno social que escapa a las definiciones clásicas de movimiento social y manifestación colectiva. Fue la confluencia de múltiples factores que explican y dan cuenta de este fenómeno social inusitado.

PALABRAS CLAVE. Migración, indocumentados, México, marchas, criminalización.

ABSTRACT. In the spring 2006, between 3.5 and 5 million people demonstrated on the streets of 270 different North American cities to contest the criminalization of inmigrants and the proposal HR4437. It was a demonstration difficult to frame within classical analysis of social movements and collective action. It was much more a confluence of multiple factors that explain this unexpected social expression.

KEYWORDS. Migration, undocumented alien, Mexico, demonstrations, criminalization.



INTRODUCCIÓN

Sobre la actitud o el carácter político de los inmigrantes se había dicho muy poco, casi nada. Se los considera políticamente apáticos, individualistas por excelencia y que enfrentan los problemas sociales y económicos de la población de origen con opciones personales. Se decía de ellos que «votaban con los pies», que abandonaban el país.

Por añadidura se consideraba que los migrantes eran la «válvula de escape» a los problemas sociales, económicos y políticos del país. Otra manera de decir que su escapismo, pesimismo, individualismo y oportunismo permitía que se mantuviera el orden de cosas, que no cambiara el régimen, que no se rebelara el pueblo, que, en fin de cuentas, no explotara.

En la discusión sobre los «nuevos movimientos sociales» nunca se consideró su existencia, ni siquiera como una posibilidad. Las feministas, los gays, los antinucleares, los altermundistas, todos tenían un lugar en el espectro de la postmodernidad política, menos los indocumentados de Estados Unidos, los «*sans papiers*» de Francia, los «*sudacas*» de España.

Pero fue la propuesta del representante de Wisconsin, James Sensenbrenner Jr., «Border Protection, Antiterrorism and Illegal Immigration Control Act» (HR4437), aprobada por la Cámara de Representantes, tan represiva, extrema y restrictiva que generó una reacción inmediata de repudio entre la comunidad inmigrante. Los primeros en hacerlo fueron los inmigrantes de origen latino, en especial mexicanos, luego se adhirieron otras comunidades de inmigrantes y, finalmen-

te, una amplia y diversa gama de grupos solidarios de la sociedad norteamericana.

No sólo eso, la reacción espontánea se convirtió en activismo, agitación, organización, acción colectiva y manifestación pública de protesta. Es difícil encasillar un fenómeno de esta naturaleza, los términos tradicionales de «nuevo movimiento social» y «acción colectiva» no se ajustan a la magnitud, extensión y difusión de las marchas y manifestaciones de la Primavera de 2006.

Según Xochitl Bada (Bada *et al.*, 2006), quien ha seguido paso a paso este proceso, la primera manifestación de rechazo a la ley anti-inmigrante fue nada menos que en Philadelphia, el día martes 14 de febrero donde, de acuerdo con fuentes periodísticas, se congregaron unos 5,000 manifestantes. Nada mal para un lugar de flujos migratorios recientes. La segunda manifestación de protesta tuvo lugar en Washington DC, el día lunes 6 de marzo de 2006 y se congregaron cerca de 30,000 manifestantes (Bada *et al.*, 2006). Fue una primera llamada de atención en el corazón histórico y político del imperio, aunque para muchos pasó desapercibida.

Cuatro días después, el viernes 10 de marzo, la prensa reseñó atónita la gran marcha de Chicago, que congregó a cerca de 300,000 manifestantes. Esta tendencia se refrendó el sábado 25, con dos grandes manifestaciones, la de Los Ángeles, que congregó a cerca de medio millón, y la de Denver, con 50,000 manifestantes. Finalmente, en Detroit se dio la última manifestación masiva de marzo, el día lunes 27, con 50,000 personas (Bada *et al.*, 2006). En otras muchas ciudades se dieron también manifestaciones de menor envergadura.

En el mes de abril hubo otras tantas marchas y manifestaciones, pero cabe



destacar la increíble marcha de Dallas, con cerca de 400,000 manifestantes, donde hubo una gran participación de estudiantes y una atinada conducción por parte de LULAC, la veterana de todas las organizaciones latinas. Hay que mencionar, también, la multiétnica marcha de Nueva York que congregó a cerca de 100,000 personas (Cordero, 2006).

Finalmente, en abril se dio un *enconore* y las masas salieron a las calles una vez más, el Primero de Mayo, para celebrar el «día del trabajador migrante» y protestar por haber sido tratados como criminales. Los Ángeles, Chicago, San José, Denver, San Francisco, así como otras muchas pequeñas y medias ciudades vieron colmadas sus calles de manifestantes de todas las razas, nacionalidades y religiones.

En total se movilaron cerca de 3.5 millones de personas entre el 7 de febrero y el Primero de Mayo. Además, la preparación y organización de todo este movimiento apenas se inició a comienzos de enero. Fue una verdadera marea de manifestaciones públicas a las cuales se unieron las llamadas «huelgas» de estudiantes de preparatoria y finalmente la gran protesta del Primero de Mayo, Día del Trabajo en el mundo entero, menos en Estados Unidos. Jornada de manifestaciones públicas, pero también de boicot en contra del consumo, para poner en evidencia el aporte de los inmigrantes a la economía y las implicaciones de un día sin inmigrantes en Estados Unidos.

Cuatro factores, cuatro aliados y un detonador explican esta inusitada reacción de la población inmigrante en

Estados Unidos, algo que, aparentemente, era totalmente inesperado, pero que, visto con cuidado, tuvo un largo y complejo proceso de gestación.

Los factores, premisas o condiciones que permitieron la emergencia de esta manifestación colectiva son de carácter migratorio, político, social y cultural. Las alianzas se dieron entre los sindicatos, las iglesias, los empleadores y un sector de la clase política. Finalmente, el detonador fue la propuesta de ley de Sensenbrenner, aprobada por amplia mayoría en la Cámara de Representantes.

EL FACTOR MIGRATORIO

En los últimos veinte años se ha dibujado un nuevo perfil del migrante indocumentado que vive y trabaja en Estados Unidos. El cambio se debe a la consolidación de un patrón migratorio diferente al que prevaleció en la década de los ochenta. En la actualidad, se estima en 12 millones de personas el número total de inmigrantes indocumentados, de los cuales, el 57% son mexicanos, 24% latinoamericanos, 9% asiáticos, 6% europeos y 4% africanos (Pasell, 2005). El panorama había sido diferente en 1986, cuando se hizo la reforma al sistema migratorio (IRCA) y se legalizaron 3.2 millones de indocumentados, de los cuales, el 76% fueron mexicanos.¹

Dos cambios relevantes se desprenden de estos datos: que la inmigración indocumentada se multiplicó por tres en veinte años y que la proporción de mexicanos indocumentados disminuyó

¹ Se estima que cerca de un millón de indocumentados quedaron fuera del programa. Por lo que se supone que, en 1986, habían unos cuatro millones de indocumentados, aproximadamente.



20 puntos porcentuales. Por el contrario, se incrementó notablemente la inmigración indocumentada del Caribe, Centro y Sudamérica, así como en menor medida de otros países. Los mexicanos siguen teniendo un peso específico muy alto, pero ya no son los únicos actores en el escenario.

El incremento en el stock de inmigrantes indocumentados se debió, fundamentalmente, a la política migratoria implementada en 1986 (IRCA) de legalización y control fronterizo. La legalización de tres millones de indocumentados trajo, a su vez, a otros tantos familiares de dicho conglomerado social, sea por la vía legal o la informal. Por otra parte, el control fronterizo, los muros y el incremento en el presupuesto de la Patrulla Fronteriza generaron un aumento en los costos y los riesgos de cruzar la frontera de manera subrepticia. De este modo, los migrantes mexicanos y centroamericanos que lograban cruzar la línea no podían ni querían volver, de forma recurrente, como lo hacían anteriormente, por lo que alargaron notablemente su estancia en Estados Unidos (Massey, Durand y Malone, 2002).

Otro elemento a tomar en cuenta es el cambio notable que se ha dado, en cuanto a la distribución geográfica de los migrantes mexicanos y centroamericanos, en las dos últimas décadas. Si bien, los lugares de destino tradicionales como California, Texas e Illinois siguen siendo predominantes, se ha verificado un cambio notable en la distribución porcentual. El caso de California es paradigmático: en 1990 concentraba al 58% de los mexicanos y, en el año 2000, al 43%, lo que significa una pérdida de 15 puntos porcentuales (Durand y Massey, 2004). Por el contrario, crecieron nuevos

estados de destino, como Georgia, Nevada, Florida, Nueva York, Nueva Jersey, Utah, por mencionar algunos (Zúñiga y Hernández, 2005).

Como consecuencia del incremento notable de migrantes latinos y su dispersión geográfica se han dado, por primera vez, encuentros, alianzas, solidaridades, contradicciones y conflictos entre latinos de diferentes nacionalidades (Smith, 2006; Fortuny y Solís, 2006; Durand y Téllez, 2006). Nueva York dejó de ser un bastión de portorriqueños y dominicanos, que ahora comparten barrios, escuelas y trabajos con mexicanos, colombianos y ecuatorianos. Miami se ha convertido en territorio latinoamericano y ya no exclusivamente cubano. Por su parte, algo nuevo está sucediendo en Washington DC, Atlanta, Chicago, Los Ángeles, Dallas.

La semejanza latina ha empezado a surgir a partir del contacto entre mexicanos, centroamericanos, caribeños y sudamericanos. Las identidades nacionales van quedando atrás, especialmente en la segunda generación, y florece una nueva identidad. Más aún, cada quien puede asumir varias identidades al mismo tiempo, sin que esto aparezca como contradictorio. Se puede ser mexicano, chicano y latino simultáneamente.

El número, la distribución geográfica y el contacto entre diversas comunidades de latinos forman parte del cambio de patrón migratorio, mismo que permitió la fusión, de una comunidad muy amplia y dispersa, ante dos objetivos comunes: el repudio a la criminalización y la lucha por la legalización, que no es otra cosa que la lucha por la ciudadanía.

Pero, sobre todo, fue la política migratoria de Estados Unidos la que convir-



tió a los trabajadores extranjeros, muchos de ellos temporales, en inmigrantes, residentes en sentido literal, sin importar su condición legal. Este cambio es fundamental, especialmente para el caso del contingente migrante mexicano, que era el más propenso a considerarse y ser considerado como trabajador temporal.

FACTOR POLÍTICO

Aproximadamente cada veinte o 22 años se da, en Estados Unidos, una gran reforma migratoria. En 1921, se limita la inmigración europea; en 1942, se inaugura el Programa Bracero con México; en 1964, se establece el Programa de Cuotas por País; en 1986, se promulga una amplia amnistía y un programa de trabajadores agrícolas (IRCA), y, en el 2007, se espera la promulgación de una nueva ley.

Si los ritmos de la historia significan algo, podemos afirmar que las condiciones estaban maduras para una reforma migratoria y que los migrantes mismos, académicos, políticos, ONG's y militantes de organizaciones de oriundos sabían que había llegado el momento en que se tenía que discutir el tema migratorio y presionar por una reforma. No sólo eso, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 forzaron la situación y vincularon el tema migratorio con el de la seguridad nacional, por lo cual resultaba perentorio afrontar, directamente, la situación y desvincular, en la medida de lo posible, la lucha contra el terrorismo de la reforma migratoria.

Por lo general, en Estados Unidos, el problema migratorio se resuelve de manera desesperada con el lema «hay que hacer algo» (*do something*). Pero, en realidad, el asunto es mucho más complejo e intervienen factores políticos, sociales, econó-

micos, culturales, bilaterales y fronterizos. Hacer «algo» no soluciona nada, simplemente sirve para superar la coyuntura por un tiempo y para que, los políticos en turno, se vayan a sus casas tranquilos, creyendo haber solucionado el problema.

La diferencia de la propuesta de Sensenbrenner, y varias otras, es que se trataba de propuestas extraordinariamente duras. La excepción que confirmó la regla fue la iniciativa de los senadores Kennedy y McCain (S1033/HR2330), una iniciativa mucho más mesurada, que afrontaba el problema de la seguridad nacional de manera inteligente y, el de la migración, con realismo así como generosidad. Obviamente, este proyecto fue desechado en las discusiones del año 2005, pero ha sido retomado en las de 2007.

Como quiera, la vinculación entre seguridad nacional y migración polarizó el debate, generando una oleada de propuestas nativistas, de corte anti-inmigrante y, muy particularmente, anti-mexicanas. Aunque los números ya no sean tan significativos, todavía se identifica a la migración mexicana como, prácticamente, la única variable explicativa de la migración «ilegal». Y, además, la condición de vecinos hace de los mexicanos el primer objetivo a enfrentar. De Centroamérica se puede encargar el mismo México, haciendo el trabajo sucio a cambio de alguna concesión.

Otro factor novedoso a tomar en cuenta es que el gobierno mexicano y, en menor medida, otros gobiernos latinoamericanos entraron al debate público norteamericano con propuestas sobre posibles convenios, acuerdos o programas migratorios. La administración del presidente Vicente Fox (2000–2006) fue particularmente asertiva en este asunto, a



diferencia de las administraciones priístas que aplicaban «la política de la no política» (Durand, 2005).

Este ambiente caldeado, política y electoralmente, contrasta notablemente con la reforma de 1986 (IRCA) que pasó de madrugada, nadie le hizo mucho caso, incluso, muchos de los migrantes indocumentados desconfiaban de ella. Pero, finalmente, transformó por completo el patrón migratorio (Massey, Durand y Malone, 2002).

En 1986, se legalizó al 80% de los inmigrantes indocumentados y ninguno de ellos había salido a la calle para demandar nada. Fue una amnistía en todo el sentido de la palabra. Los que quedaron excluidos fueron los que llegaron después, en los primeros años de la década de los ochenta, que no podían demostrar que habían vivido y trabajado cinco años o que habían trabajado el último año en la agricultura. Paradójicamente, el grupo de excluidos fue, fundamentalmente, de origen centroamericano, quienes llegaban como secuela de las guerras civiles en El Salvador, Nicaragua y Guatemala (Hamilton, 2001; Menjívar, 2000).

Y fueron los centroamericanos excluidos, muchos de ellos con amplia participación política en sus países de origen, los que dieron la batalla legal, política y organizativa para lograr procesos de legalización. Después de varios años de trámites, esperas, luchas legales y políticas, los nicaragüenses fueron reconocidos como refugiados y tuvieron derecho a la residencia permanente en 1997, con el programa conocido como NACARA —*Nicaraguan Adjustment and Central American Relief Act*—, al cual también se acogieron algunos salvadoreños y guatemaltecos (Menjívar, 2000).

Algo diferente sucedió con los salvadoreños y guatemaltecos, a los que no se les quería reconocer como refugiados y se los consideraba como «inmigrantes económicos». Muchos de ellos fueron deportados durante la década del ochenta, algunos pocos recibieron asilo y otros empezaron juicios apoyados por diversas organizaciones no gubernamentales y religiosas (Hamilton y Stoltz, 2001). Finalmente, en 1990, se concedió una modalidad temporal de protección: *Temporary Protected Status* (TPS), que les permitía trabajar, pero sin concederles la residencia definitiva, como en el caso de los nicaragüenses. La medida fue renovada en varias ocasiones, hasta que, en 1997, los juzgados concedieron una figura legal que protegía a todos aquellos que estuvieran en la misma situación —*class action law suit*—. De este modo, decenas de miles de salvadoreños y guatemaltecos lograron regularizar, a medias, su situación (Menjívar, 2000). Este antecedente de lucha legal, política e incluso pública, porque llegaron a salir a las calles, es el antecedente inmediato de las grandes manifestaciones de inmigrantes y que da sustento al lema, tan popular en México, de «si se puede».

Más aún, para el año 2004, los migrantes, sus organizaciones, abogados, políticos afines, académicos y representantes en Washington lograron ponerse de acuerdo, al apoyar la propuesta de Kennedy y McCain. Abogados, como Frank Sharry del *National Immigration Forum*, trabajaron por años, haciendo lobby en Washington, para promover una propuesta de ley sensata y adecuada. La Asociación Tepeyac de Nueva York, fue otra agrupación que influyó para apoyar la propuesta S1033/HR2330. Había, por



tanto, un plan, un diseño, una estrategia previa que apoyaba propuestas concretas y no sólo un pliego de reclamos.

EL FACTOR SOCIAL

A comienzos del siglo XXI, se dio un cambio fundamental en la composición de la población de Estados Unidos. El censo de 2000 confirmó que los latinos eran la primera minoría y que habían superado a los afroamericanos. La población latina crece de manera natural a un ritmo alto pero, sobre todo, incrementa su población con la llegada de nuevos grupos de inmigrantes, alrededor de 550,000 anualmente. Este componente foráneo refuerza su identidad cultural e idiomática, al mismo tiempo que debilita su posición dentro de la escala social, debido al tipo de trabajo, educación y vivienda al que acceden los migrantes recién llegados.

La movilidad geográfica de los latinos, a la que se ha hecho referencia anteriormente, ha derivado en un mayor contacto entre diferentes naciones de América Latina y el Caribe, lo que se refleja en un mayor índice de matrimonios entre latinos. Los padres de dos nacionalidades latinas diferentes procrean hijos que dejan, en segundo nivel, la nacionalidad de sus padres y asumen la identidad que les asigna el lugar de residencia. En el futuro tendremos, cada vez más, latinos desapegados de las identidades nacionales de sus padres.

Algo similar sucede con las organizaciones chicanas, por ejemplo, que han venido cambiando de nombre y admiten una identidad más amplia. Es notable el cambio que se ha dado en los centros de investigación universitarios, donde cada vez hay menos centros de estudios chica-

nos y más de estudios latinos o hispanos. Lo mismo sucede a nivel de organizaciones más amplias, el *National Council of La Raza*, mexicano o chicano de origen, es ahora mucho más inclusivo. Las ONG's y organizaciones que antes se identificaban como mexicanas o centroamericanas, ahora van acogiendo a grupos de diversas nacionalidades. En 2004 surgió NALACC, la Alianza Nacional de Comunidades Latinoamericanas y Caribeñas, que agrupa a casi una centena de organizaciones y está operando en siete ciudades de Estados Unidos. De este modo, se va construyendo la nueva identidad panlatina, que complementa y apoya las identidades nacionales, regionales y comunitarias.

Este cambio no es fácil, ni automático. Durante el estreno de la película *Frida*, por ejemplo, hubo manifestaciones con pancartas en las que se decía: «Frida, ni chicana, ni latina, ni hispana. MEXICANA». Lo nacional y el conjunto de símbolos siguen siendo un elemento aglutinador e identificador muy fuerte y difícil de olvidar.

Como quiera, la radio y la televisión se han encargado de uniformar a los latinos y proporcionarles mensajes generales, aceptables para todos. El lenguaje de los locutores, periodistas y cantantes intenta moderar los acentos nacionales y regionales para establecer un acento híbrido más aceptable para todos. El comercio hispano se ha convertido en una tajada apreciable, este sector fue el primero en hablar de «mercado hispano» y en darle coherencia al término.

EL FACTOR CULTURAL

Hay una diferencia básica entre el migrante temporal y el definitivo. El pri-



mero no tiene interés por integrarse, el segundo sí. Y esto marca una actitud diferente con respecto a la sociedad de acogida. El patrón migratorio acuñado en 1986 (IRCA) rompió con el patrón de circularidad que existía entre México y Estados Unidos. Los migrantes legales ya no regresaron y se volvieron definitivos, mientras que los indocumentados alargaron su estancia todo lo posible y se convirtieron en establecidos. Es decir, se vieron forzados por las circunstancias a integrarse y alargar su estancia. De este modo, los mexicanos han empezado a compartir una modalidad migratoria muy difundida entre los latinoamericanos, que llegan para quedarse.

La integración, no obstante, se da en el peculiar contexto del sistema clasificatorio racial de Estados Unidos. Ya no existe un *melting pot* donde todos confluyen en el mismo perol; hoy, propiamente, existen cuatro: el blanco (anteriormente WASP), el negro, el asiático y el hispano-latino.

El criterio para definir a los latinos es fundamentalmente cultural, a diferencia de los otros, que tienen un mayor contenido racial. Los latinos son, fundamentalmente, mestizos y tienen tanto sangre europea como indígena, negra y asiática. De ahí que el censo estadounidense, en la actualidad, haya entrado en un predicamento y la categoría *White sea*, propiamente, la de *White not hispanic*, lo mismo que para la de *Black*. Si se siguiera el mismo criterio, en los años 60's se habría tenido que decir *White not Irish or Italian*.

No obstante, a diferencia de los blancos que no quieren moverse de su

casillero, así como los negros y asiáticos que no pueden hacerlo porque los delata el fenotipo, los hispano-latinos pueden, hipotéticamente, colocarse en el casillero de los blancos, los negros e incluso los asiáticos. Sin embargo, se les quiere encajillar como hispanos o latinos. Más aún, la comunidad hispano-latina en Estados Unidos lo acepta, porque si no, en la práctica y en la estadística, no existirían. Ahora se prefiere utilizar el término de pan-latino, aunque también se utiliza para el caso de los asiáticos y podría utilizarse para los blancos y los negros. Hoy en día, los inmigrantes de Europa del Este, rusos por ejemplo, entran en el casillero blanco.

Pero, a pesar de la fuerza que tiene el sistema clasificatorio norteamericano y el *marketing* específico para los latinos —de ahí surge, precisamente, el término de hispano, de mercado hispano—, entre ellos predomina, de manera muy notoria, la identidad nacional. La identidad latina o hispana está en proceso de construcción, como lo ha estado la identidad latinoamericana o hispanoamericana, que nunca ha terminado de cuajar. Paradójicamente, la identidad latina o hispana, en Estados Unidos, tiene mayor futuro que la de la patria grande.

Esta nueva identidad se construye a partir de cuatro elementos: un mismo origen continental latinoamericano, un fenotipo racial totalmente mestizado, una religión mayoritaria (católica)² y un mismo idioma compartido, el español. Raza, religión, identidad nacional, idioma y cultura son elementos comunes, al

² Se estima que 70% de los latinos se autocalifican como católicos, mientras que 23% lo hacen como protestantes en sentido genérico (Bada, Fox y Selle, 2006).



igual que un mismo pasado colonial y un presente indígena-americano. Nos separa la identidad nacional, su espíritu, los traumas fronterizos, la historia particular, los contenidos educativos y la obcecación nacionalista.

Como quiera, en las manifestaciones de la Primavera de 2006 marcharon juntos todos los latinos. En las primeras manifestaciones se veían muchas banderas, principalmente mexicanas; no así en la del Primero de Mayo, donde, por razones políticas, se optó por llevar banderas americanas. Al fin y al cabo se solicitaba la legalización, como el primer paso en el proceso de integración.

LOS ALIADOS

En el contexto de las movilizaciones de la Primavera de 2006, más que de alianzas, hay que hablar de aliados. Una alianza política implica una serie de convenios y cierta participación en la toma de decisiones estratégicas. Un aliado, por el contrario, tiene un papel secundario, puede dar su apoyo o retirarlo, pero no se compromete directamente con la organización, ni corre demasiados riesgos. Obviamente, puede capitalizar los beneficios.

El principal aliado de los migrantes y sus organizaciones fueron las iglesias, muy en especial la católica. La propuesta HR4437 afectaba, directamente, sus intereses y sus funciones, de ahí que el cardenal de Los Ángeles, Roger M. Mahony, escribiera una carta al presidente George Bush dos semanas después de haberse aprobado la iniciativa Sensebrenner. En ella se quejaba, de manera clara y precisa, que la ley podía imponer sanciones a cualquier miembro de su comunidad que proporcionase servicios religiosos o de

asistencia social. Incluso, llegó a afirmar que «dar la comunión» a un indocumentado podía interpretarse como un apoyo o un servicio espiritual, y que ellos no podían pedir la documentación a todos aquellos que se acercaran a la misa.

Efectivamente, la HR4437 era bastante explícita al respecto y sancionaba, de manera muy amplia, a todo aquel que proporcionase algún tipo de ayuda o servicio a un inmigrante indocumentado. En términos bíblicos, se podría decir que la propuesta de ley castigaba al «buen samaritano». Así interpretaba el texto de la ley la organización católica *Justice for Migrants*: «*Anyone or any organization who 'assists' an individual without documentation 'to reside in or remain' in the United States knowingly or with 'reckless disregard' as to the individual's legal status would be liable for criminal penalties and five years in prison. This could include church personnel, who provide shelter or other basic needs assistance to an undocumented individual*» (ver<http://www.justiceformigrants.org/HR4437.html>). La oposición de la Iglesia Católica a la HR4437, aprobada en la Casa de Representantes por 239 votos contra 182, fue, sin duda, un elemento clave para cuestionar la viabilidad del proyecto y su posterior aprobación definitiva.

Un factor demográfico empezó, asimismo, a ser tomado en cuenta. Los nuevos inmigrantes que llegan a Estados Unidos provienen en su mayoría de Latinoamérica, son católicos y, lo que es más importante, son practicantes. El futuro de la Iglesia Católica depende, en buena medida, del trabajo que pueda hacer con los latinoamericanos. De acuerdo con Passel (2005), el 81% de los 11 millones de migrantes indocumentados son de



origen latino, de ahí el interés de la Iglesia en los temas relacionados con la reforma migratoria y la creación de una pastoral para migrantes.

El comportamiento de la Iglesia durante las marchas de la Primavera de 2006 fue fundamental, a pesar de ciertas ambigüedades y desacuerdos. A la jerarquía no le agradó que las marchas se hicieran en días laborables y que se añadiera, a la protesta por la legalización, el tema del boicot. Como quiera, a la hora de la salir a marchar cientos de sacerdotes, religiosos y organizaciones tomaron las calles para protestar.

En ocasiones, los jerarcas purpurados influyeron en algunos aspectos de la toma de decisiones. Por ejemplo, el obispo de Chicago condicionó su participación a que la concentración se realizara en el *Grant Park* de dicha ciudad, aduciendo motivos de seguridad para la gente. Al parecer, el cardenal quería evitar enfrentamientos con grupos opositores. En aquel Primero de Mayo se realizó una celebración ecuménica con la participación de sacerdotes, pastores, rabinos y líderes religiosos.³ Según Cano (2006), la Iglesia pudo influir y, en algunos casos, controlar las marchas, por ejemplo, en las ciudades y poblaciones menores, ya que tiene mayor influencia desde el púlpito con sus feligreses. Esto no sucedió en las ciudades donde la población tiene otras alternativas de organización y comunicación.

En segundo término, hay que considerar a los sindicatos como aliados coyunturales de este movimiento. Es bastante conocida la oposición frontal de las organizaciones obreras en contra de los traba-

jadores migrantes. El argumento era claro, los migrantes bajaban los salarios promedio, al aceptar realizar tareas por menor remuneración. Por otra parte, en Estados Unidos, los migrantes indocumentados, han sido utilizados, de manera recurrente, como esquiroles y rompe huelgas.

No obstante, en la última década, las cosas han empezado a cambiar. Dos argumentos empezaron a pesar para que los sindicatos cambiaran de opinión. En primer lugar, la clase obrera norteamericana ha empezado a diversificar sus orígenes raciales y, ahora, incluye a millones de trabajadores de origen latino. En el año 2005, por ejemplo, se calculaba que existía un millón de trabajadores de origen mexicano sindicalizados. Más aún, en la actualidad, muchos líderes locales, seccionales y regionales son de origen latino.

Por otra parte, se constató una realidad insoslayable al interior de los sindicatos: el mundo laboral estaba cambiando rápidamente y se perdían muchos puestos de trabajo, mismos que se iban al extranjero. Por el contrario, los empleos que no se van a sustituir en otros países son los relacionados con los servicios, la agricultura y ciertas manufacturas. Al tomar conciencia de esta realidad, surgió la tercera era del sindicalismo norteamericano, con la coalición *Change to Win* (CTW) que, en su *Agenda for Workers Strenght*, define su nueva política hacia los trabajadores de bajos salarios. Entre los puntos que destacan cabe mencionar el segundo, donde textualmente dice «*embracing the diversity of the national labor force, including organizing immi-*

³ Entrevista con Artemio Arreola, Casa Michoacán, Pilsen, Chicago, 2 de octubre 2006.



grants, ethnic-racial minorities, and women» (Turner y Cornfield, 2007).

Allí está el futuro de la clase obrera y esos puestos están copados por nuevos migrantes. No en vano se puso en marcha, en Los Ángeles, el programa promovido por los sindicatos de *Janitors for Justice*, que agrupa a los trabajadores de limpieza. Recientemente se asociaron, a la central sindical AFL-CIO y NDLON (*Nacional Day Laborer Organization Network*), la organización de los trabajadores jornaleros (esquineros), quienes buscan trabajo todos los días en ciertas esquinas.

No obstante, fueron las marchas de Chicago y Los Ángeles las que despertaron la conciencia del sindicalismo norteamericano. Nunca hubieran podido imaginar que se concentrara tal cantidad de gente con tan pocos recursos. Es más, nunca habían logrado ellos, con toda su maquinaria burocrática, concentraciones semejantes. En algunos casos los sindicatos apoyaron, como se dice allá, «pagaron los billes», pusieron sus carteles y se subieron al podium. Pero, donde fueron totalmente rebasados fue en la organización de las manifestaciones del Primero de Mayo. Al comienzo estaban totalmente escépticos con la propuesta, argumentaban que en Estados Unidos no se celebraba tal fecha y que, además, ese día está estigmatizado porque murieron varios policías. Como quiera, fueron los líderes comunitarios de Chicago los que organizaron la marcha y, finalmente, tuvieron que plegarse los demás, entre ellos los sindicatos y otras organizaciones, como la de Los Ángeles, que proponían otras fechas.

En tercer lugar hay que considerar a la clase política que se aprovechó del movimiento para subirse al estrado y aparecer en la televisión. Los organizados

solicitaron la participación de ciertos líderes políticos, en especial los de origen latino. En cada caso hay historias y anécdotas diferentes, pero la mayoría accedió a participar y, finalmente, aparecieron en la manifestación. Para ellos, la duda radicaba en la fuerza que podía tener la movilización, en las medidas de seguridad, que eran prácticamente nulas dado el tamaño de las marchas y en el posible riesgo de enfrentamientos con la policía o grupos opositores. Como quiera, en Los Ángeles, apareció y habló el alcalde de origen mexicano, Antonio Villarraigoza, y en Chicago aparecieron, como por milagro y a última hora, el gobernador, el alcalde y varios congresistas. Es difícil definir el impacto que tuvieron las marchas en la clase política, sobre todo en Washington. Lo que sin duda consistió un efecto directo fue la contrapropuesta del senado s. 2611, de fines de mayo de 2006, que es mucho más moderada y que enterró definitivamente a la HR4437.

Un cuarto aliado, de bajo perfil, fueron los mismos empleadores. Si bien, muchas de sus agrupaciones tienen su propia agenda en Washington, como los agricultores, también empezaron a manifestarse una serie de patrones, pequeños productores y grandes empresarios en contra de la propuesta de Sensebrenner. No era para menos, los empleadores quedaban comprendidos en una serie de delitos al contratar, apoyar y encubrir a trabajadores indocumentados. Quizá la declaración más impactante fue la de J. W. Marriott Jr., CEO de *Marriott Internacional*, la cadena de hoteles más grande de Estados Unidos. En una entrevista declaró que, en sus 2,400 hoteles de Estados Unidos, más de la mitad de sus trabajadores eran de origen extranjero, que hablaban 47



lenguas diferentes y que sería imposible determinar la condición legal de cada uno. A pesar de ser republicano de tradición, se quejaba de la extrema derecha republicana enquistada en el congreso. Es más, medio en broma medio en serio, dijo que coincidía con el cardenal de Washington, Theodore McCarrick, y que habían platicado de compartir la misma celda si se aplicaba esa ley «*I guess we'll be in the same jail cell*» (USA Today, 10 de abril 2006, artículo firmado por Barbara De Lollis).

Según la Cámara Hispana del Comercio, el Programa Piloto Básico de Verificación Voluntaria de Documentos, instrumentado en 1997, no funciona de manera adecuada. La base de datos es obsoleta, no se registran los cambios de status migratorio y, lo que es peor, cerca del 40% de los rechazados, en realidad, tienen sus papeles en regla (*La Opinión Digital*, 13 de febrero de 2007).

Las grandes marchas se realizaron en días laborables (lunes y viernes), era de esperarse que hubiera represalias contra los trabajadores faltantes. Sin embargo, no hubo incidentes mayores, incluso, en muchos establecimientos menores se cerró el negocio y el mismo patrón salió a marchar con sus empleados. Este apoyo velado de los empleadores no puede contrarrestar la oleada nativista que se opone a la inmigración indocumentada, pero es un comienzo promisorio. Las redadas afectan a las empresas y a la economía del país y ese punto es, ciertamente, sensible a la hora de sopesar los costos políticos.

Chicago, un caso que es preciso analizar

Los líderes comunitarios y de organizaciones migrantes de Chicago jugaron

un papel fundamental en las grandes marchas del 10 de marzo y el Primero de Mayo, las cuales congregaron a cientos de miles de manifestantes, pero, asimismo, fueron los protagonistas principales para que el movimiento cobrara una dimensión nacional. Después de la primera marcha en Filadelfia y la segunda en Washington, que congregó a 30,000 manifestantes, la marcha del 10 de marzo de Chicago fue una explosión en la que participaron cerca de 300,000 personas. Ese fue el momento en que la protesta cobró dimensión nacional y saltó a los medios de comunicación.

Como quiera, la posibilidad de que durante la Primavera de 2006 salieran entre tres y cinco millones de personas a las calles (Bada *et al.*, 2006) se fue gestando a lo largo de muchos años de resistencia sumisa ante la agresión, el nativismo y las sanciones legales. No fue un acto espontáneo de protesta, fue el resultado de años de lucha, organización y protesta pública. Habrá que estudiar cada caso en detalle, muy especialmente las grandes marchas de Los Ángeles, Dallas y Chicago.

En lo que respecta a esta última ciudad, podemos distinguir tres momentos en donde el mecanismo de agresión-reacción se puso en marcha. El primero fue en 1996, cuando el periodista del *Chicago Tribune*, Mike Royko, escribió un artículo bastante agresivo en contra de México sobre el que dijo que era un «*corrupt narco-state [...] Mexico was a useless country that should be invaded and turned over to Club Med [...] there is no reason for Mexico to be such a mess except that it is run by Mexicans*» (http://www.chicagoreader.com/hottype/2003/030829_1.html).

La reacción no se hizo esperar. Los comentarios de respuesta en las radios



hispanas fueron recurrentes y se organizó una manifestación de unas 3,000 personas en la explanada del edificio principal del diario, en pleno centro de la ciudad de Chicago. Se exigía una disculpa pública ante la comunidad mexicana y, si bien, los activistas no quedaron plenamente satisfechos con la respuesta, se tuvo que rectificar (Hinojosa, 1999).

Nueve años después, en 2005, fue entrevistada en la radio hispana una militante del grupo *Minutemen*, quien se expresó de manera muy agresiva en contra de los indocumentados. Pero, lo que más indignó a la población hispana de Chicago, fue que la persona era de origen hispano. Hubo respuestas del público y mesas redondas en varias radios con la participación de analistas, sacerdotes y líderes comunitarios. Finalmente, se convocó a una marcha de protesta. Y, para sorpresa de todos, ésta tuvo una amplia difusión y una gran participación. Salieron a las calles, reclamando una amnistía, cerca de 30,000 personas. La tercera manifestación fue la del 10 de marzo de 2006, con la participación de 300,000 personas y, finalmente, la gran manifestación del Primero de Mayo, que congregó a más de medio millón de personas (Martínez y Piña, 2005).

En estos tres casos operó el mecanismo de «agresión–reacción», pero la respuesta fue posible porque existía una amplia organización comunitaria de base que pudo ser movilizada, fundamentalmente, a partir de las iglesias, los clubes, las radio-difusoras y los locutores hispanos.

CONCLUSIONES

Es difícil caracterizar a las marchas de la Primavera de 2006 como un movimiento

social e, incluso, escapa a la definición de manifestación colectiva. No se puede hablar de una organización nacional detrás de las marchas, sino de la suma de muchos esfuerzos, al mismo tiempo, no fue una manifestación espontánea y requirió de alianzas, coordinación y negociación. Dos factores son determinantes para considerar que se trata de un fenómeno distinto: la magnitud (entre 3.5 y 5 millones de participantes) y el carácter nacional del fenómeno (270 ciudades).

En muy pocos casos se da la coincidencia de manifestaciones masivas, con una cobertura de carácter nacional y con un impacto generalizado en los medios de comunicación. Es aún más impactante que una manifestación de protesta de tal magnitud y difusión se haya llevado a cabo sin ningún incidente que lamentar. No se reportó ni un vidrio roto y no hubo detenidos, a pesar de que en algunos casos hubo contra-manifestantes y agresiones de ciertos grupos. Algo totalmente distinto a lo que sucedió en Francia durante el otoño de 2005.

El único incidente desafortunado fue el suicidio del joven Anthony J. Soltero, de 15 años, que tomó la terrible decisión después de haber sido expulsado de su colegio y amenazado por las autoridades de que iban a denunciar a sus padres como indocumentados y los iban a deportar. Anthony había sido uno de los organizadores de los *walk out* que realizaron miles de estudiantes de secundaria en California y Texas.

Muchos analistas han opinado acerca de la posibilidad de que esta avalancha de manifestaciones se repita. Que suceda o no, es irrelevante. Lo importante es que se dieron, que la gente salió a las calles, después de estar tantos años callada, su-



misa e invisible. Las marchas respondieron al tamaño de la agresión y a la gran cantidad de población y organizaciones que se vieron aludidas, entre ellas, las iglesias, los grupos étnicos, los sindicatos y los empresarios. Las marchas de marzo de 2007 en Chicago y Los Ángeles, apenas si congregaron a 5,000 y 10,000 personas, respectivamente. Obviamente, no se dieron las condiciones de la Primavera de 2006. Como diría Héctor Cordero, se trató de la «tormenta perfecta». Este tipo de fenómenos sociales y ambientales requieren de la confluencia de una serie de factores y condiciones especiales, las cuales son muy difíciles de conjuntar, prever y, sobre todo, reproducir.

En síntesis, se trató de un fenómeno social masivo nacional, pluriclasista, multiétnico, ecuménico, apartidista,

multilocal, y transgeneracional. Ya se ha mencionado la magnitud y la difusión del fenómeno. Pero también es relevante señalar la participación de distintos sectores sociales —obreros, patrones, profesionales, profesores, estudiantes, religiosos—. La confluencia y el apoyo de diferentes grupos étnicos, fundamentalmente latinos, pero también asiáticos, africanos, musulmanes. El apoyo y participación de las iglesias católica, protestante, judía y musulmana. El carácter apartidista de las manifestaciones, a pesar de la asistencia de dirigentes políticos. La participación de múltiples poblaciones, que se sumaron a las grandes manifestaciones ciudadanas. Finalmente, la incorporación de adultos, jóvenes y niños en todas las marchas, lo que le dio un carácter familiar y transgeneracional a la protesta.

BIBLIOGRAFÍA

- BADA, Xóchitl, Jonathan Fox y Adrew Selee (2006), *Al fin visibles. La presencia cívica de los migrantes mexicanos en los Estados Unidos*, México Institute, Washington DC.
- CANO, Gustavo (2007), «Political Mobilization of Mexican Immigrants in American Cities and the U.S. Immigration Debate», México–North Research Network, Washington DC & University of Nebraska at Omaha, Manuscrito, www.mexnor.org.
- CORDERO, Héctor, Nina Martín y Victoria Quiroz Becerra (2006), «Voting with their feet: Community Based Organization and Immigration Mobilization», enviado a *Latino Studies*, versión mecanoscrita.
- DURAND, Jorge y Douglas S. Massey. (2003), *Clandestinos. Migración México Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, Universidad de Zacatecas y Editorial Miguel Ángel Porrúa, México DF.
- DURAND, Jorge (2005), «De traidores a héroes. Políticas emigratorias en un contexto de asimetría de poder», en Raúl Delgado Wise y Beatrice Knerr (coords.), *Contribuciones al análisis de la migración internacional y el desarrollo regional en México*, Universidad Autónoma de Zacatecas–Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 15–38.
- FORTUNY, Patricia y Mirian Solis (2006), «Solidaridades entre poblaciones móviles: campesinos, mestizos e indígenas mexicanos en el suroeste de la Florida», en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, Enero–Abril, pp. 135–154.



- HINOJOSA, Francisco (1999), *Mexican Chicago*, CONACULTA, México.
- SMITH, Robert (2006), *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, Miguel Ángel Porrúa, México DF.
- HAMILTON, Nora y Norma Stoltz Chinchilla (2001), *Seeking Community in Global City. Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*, Temple University Press, Philadelphia.
- MASSEY, Douglas, Jorge Durand y Nolan Malone (2002), *Beyond Smoke and Mirrors*, Russell Sage Foundation, Nueva York.
- MENJÍVAR, Cecilia (2000), *Fragmented Ties. Salvadoran Immigrant networks in America*, California University Press, Berkeley.
- MARTÍNEZ Cindy y Francisco Piña (2005), «*Chicago en marcha por reforma migratoria*», en *MX Sin Fronteras* 20, pp. 6–9.
- PASSEL Jeffrey S. (2005), «*Estimates of the Size and Characteristics of the Undocumented Population*», Report Pew Hispanic Center, 21 de marzo.
- TURNER, Lowell y Daniel B. Cornfield (2007), *Labor in the new urban battlegrounds*, ILR Press, Ithaca y Londres.
- ZÚÑIGA, Víctor y Rubén Hernández–León (eds.) (2005), *New Destinations. Mexican Immigration in the United States*, Russell Sage Foundation, NY.

PRENSA

Chicago Reader, agosto 29, 2003

Chicago FreeSpeechZone, «Rudi and Harold: 20 Years Later», página web visitada el 4 de octubre de 2006.

USA Today 2006.

La Opinión, Los Ángeles, 2007.

ENTREVISTAS

Artemio Arreola, Casa Michoacán, Pilsen, Chicago, 2 de octubre 2002.

Raúl Ross, Café el Efebo, Pilsen, Chicago, 2 de octubre 2002.

Susan Gsch, Universidad de Chicago, Hyde Park, 3 de Octubre de 2002.

Amy C. Shannon, Universidad de Chicago, Hyde Park, 4 de octubre de 2002.